

Prólogo de Federico Rivero

Recuerdo cuando conocí a Ari en un regreso de Miami, él viajaba con su hermosa familia y yo con mi socio; volvíamos de ver tendencias para mi nuevo restorán. Nos sentamos pasillo de por medio, nos miramos los libros... ¡los dos trataban de lo mismo, eran espirituales!

Charlamos dos horas como si fuésemos amigos de toda la vida, fue una charla muy interesante, un encuentro.

Un día lo llamé para invitarlo a comer al restorán ya inaugurado, y Ari con la mejor onda me dijo que el viernes venía y me traía el libro que había escrito. En ese momento yo estaba pasando lo que creía uno de los momentos más feos de mi vida; me estaba yendo muy mal.

En realidad mi ego estaba siendo triturado, en ese momento le daba excesivo valor a lo frívolo y material. Dije «creía», porque en una de las tantas charlas

con Ari me enseñó que lo que sucede conviene. El maestro diría: Todo lo que te sucede es para bien, nada más que en ese preciso momento tal vez no tenés la capacidad para darte cuenta. Pero hoy podría decir «gracias, crisis».

Entonces cayó Ari con su libro, y en la dedicatoria decía «A mi compañero espiritual». Qué lejos me sentía de esa dedicatoria...

Hasta que a las dos semanas, una mañana agarré el libro y lo leí en un día. Fue volver a empezar.

Quedé emocionado hasta las lágrimas: Ari me había hecho viajar, esos viajes de 20 centímetros que son los más cortos y los más lindos, los de la mente al corazón.

Después de coincidir en comidas y charlas le conté que había hecho un curso en El Arte de Vivir. A la fundación no le daban bola en el Gobierno de la Ciudad, entonces Ari, muy interesado en ayudar, organizó una reunión con Mauricio Macri para hacerle el pedido de becas para que los chicos y los más necesitados y sin recursos pudieran tomar estos cursos.

También en su programa de radio siempre está dispuesto a difundir y promover el bien común; por ejemplo un día, un instructor de El Arte de Vivir, Juan Mora y Araujo, me contó que gracias a la difusión que Ari hace en la radio, una señora que estaba deprimida y con ganas de suicidarse se anotó en el curso y hoy después de un año esa señora está llena de amor y gratitud.

Por todo esto, futuros lectores, van a leer un libro de un ser de una generosidad maravillosa, preocupado

y ocupado en el bien común, con el don más supremo que puede existir: el de servir a la sociedad.

Por eso, Ari, en este corto y mágico camino de la vida, gracias por ser nuestro compañero espiritual.

Con amor,

Fede Rivero